



PRESENTACIÓN

George Herbert Palmer¹ nació en Boston, Massachusetts, el 9 de marzo de 1842. Entró en Harvard a los dieciocho años y se graduó en 1864. Tras un año como docente en el Salem High School, Palmer decidió dedicar su vida a la enseñanza de la filosofía y de las humanidades. Debido a que el estudio superior de la filosofía solo estaba disponible en las facultades de teología, se matriculó en el Seminario Teológico de Andover en 1865 y recibió su título en 1867. Aunque Palmer no formaría nunca parte del clero, sirvió a menudo como pastor en la capilla de Harvard, y sus conclusiones filosóficas alcanzan un punto teológico.² Aunque su primer cargo como profesor en Harvard fue tutor de griego, Palmer participaría asiduamente en las reuniones del claustro de Harvard, asumiendo un hábito vitalicio de profundo respeto a la institución. En 1887, se casaría con Alice Freeman Palmer, una respetada maestra, autoproclamada *New Woman* y dedicada a promover la educación de las mujeres.³ Su influencia le llevaría a escribir una *Life of Alice Freeman (Vida de Alice Freeman)*. Tradujo la *Odisea* y editó a George Herbert, pero su verdadera contribución allí fue la creación de un departamento de filosofía fuerte —siguiendo los pasos de Emerson tras la Guerra Civil— junto a su preocupación constante por la enseñanza, reflejada tanto en sus escritos como en sus alumnos: Palmer ayudaría a que admitieran a William James a contracorriente del propio departamento y ambos descubrirían a Josiah Royce, a quien llevarían a Harvard. Eventualmente, este trío promovió a George Santayana y Benjamin Rand y atrajo a Münsterberg desde Alemania. En 1912, Santayana le dirigiría unas palabras amables en una carta por lo demás ambigua, aunque sincera y hasta cierto punto risueña: “Usted no lo recordará”, escribía Santayana, “pero fue su aliento y consejo los que me decidieron a seguir con la filosofía”.

Su personalidad, junto con la de mis otros profesores y colegas de Harvard, debe naturalmente ocupar un gran espacio en mi memoria y seguirá siendo una de las principales influencias y puntos de referencia en mi vida intelectual. Por supuesto, nos separan muchas cosas, pero tal vez las que nos unen sean, en conjunto, más fundamentales e importantes. Sin duda lo parecerán así a un observador remoto y a nosotros mismos al final.⁴

Que Santayana se mostrara reacio a la enseñanza y Palmer se considerara un crítico antes que un filósofo o un pensador, nos obligaría a pensar de nuevo en la separación entre el filósofo y el profesor de filosofía. De hecho, Palmer podría considerarse un maestro eficaz al ocupar su discípulo Santayana un lugar —más o

¹ Para redactar esta pequeña nota biográfica hemos seguido el artículo de WILLIAM ERNEST HOCKING, ‘George Herbert Palmer (1842-1933)’, en *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences* 69/13 (1935), pp. 533–35, disponible en <http://www.jstor.org/stable/20023096> (último acceso: 5 de noviembre de 2022).

² HOCKING, ‘George Herbert Palmer (1842-1933)’, p. 2.

³ *The Teacher: Essays and Addresses on Education*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 1908, recoge los ensayos escritos por George H. Palmer y Alice Freeman.

⁴ GEORGE SANTAYANA, ‘Carta a George Herbert Palmer (2 de agosto, 1912)’, en *Antología del espíritu*, ed. de A. Lastra, Fundación Banco Santander, en prensa.

menos marginal en la estela de Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau— dentro de la propia historia de la filosofía, pero “un maestro —escribiría Palmer— debe estar dispuesto a ser olvidado. ¿Hay algo más difícil?”.⁵ Existen pocos *scholars*⁶ a lo largo de la historia que hayan podido interpretar ambos papeles. Platón es, seguramente, el paradigma del maestro ideal y el filósofo de las ideas. No obstante, cada vez más a menudo, la enseñanza de la filosofía no reside en la Academia, sino en las academias, y “hacer filosofía” se ha convertido, en el mejor de los casos, en sugerir dentro del aula algunos de los grandes problemas de la historia de la filosofía y sus figuras representativas. Pero el modo de enseñar de Palmer era vivo y eficaz, como lo demuestra el hecho de que su curso de historia de filosofía tuviera cuatrocientos alumnos, una cantidad considerable en la Universidad de Harvard del siglo XIX. Palmer imprimió en sus clases su apreciación sincera por la literatura y por los clásicos y, como se lee en *El maestro ideal*, dispondría de una retórica elaborada. Sus lecciones “constituían parcelas de pensamiento bien ordenadas, con una claridad y excelencia pedagógicas que a menudo tenían el paradójico efecto de ocultar su profundidad real. La claridad, sin embargo, era para él una obligación, el primer punto de honor en la relación de maestro y alumno”.⁷ Palmer enseñaría que la vida del aula no solo ocurre entre cuatro paredes, independientemente de la cantidad de alumnos que albergue, sino que la docencia es una experiencia completa y el maestro, quien aspiraría a convertir su profesión en un ideal —“un maestro debe tener cierta aptitud para la vicariedad; en segundo lugar, una riqueza ya acumulada; en tercer lugar, la habilidad para revigorar la vida a través del conocimiento y, por último, la disposición a ser olvidado”⁸—, ha de ser capaz de manejarse en todos los niveles de una existencia compartida. Palmer supo adoptar todos los papeles del escolar americano, y el de maestro puede ser uno de ellos: “Debido en parte al implacable realismo de su juicio, fue ampliamente buscado como consejero en la colocación de hombres”.⁹ A menudo, la profesión del maestro puede ser excesiva y sobrecogedora: perseguir el ideal, atender a los alumnos (y con frecuencia también a los padres y otros miembros de la institución educativa), cumplir con los requisitos curriculares y, sobre todo, conservar algo de tiempo libre, o *scholé*, para preparar sus lecciones con rigor y con esmero, teniendo en cuenta que, “al preparar una clase advierto que tengo que trabajar más duro en las cosas que no digo”,¹⁰ parecen exigencias superiores que no todos los profesores están dispuestos a esforzarse por satisfacer. Pero, como Palmer ha señalado, los requisitos para ser un buen maestro no pueden obtenerse por completo. Al perseguir sinceramente su ideal, el maestro madurará como profesional y como persona. En 1889, Palmer se convertiría en el Profesor Alford de Religión Natural, Filosofía Moral y Política Civil. Murió el 7 de mayo de 1933, con noventa y cinco años, siendo uno de los maestros más longevos de Harvard hasta la fecha.

Nuestra traducción de *El maestro ideal* sigue el texto de GEORGE H. PALMER, *The Ideal Teacher*, Riberside Educational Monographs, ed. H. Suzzallo, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 1908.

⁵ GEORGE H. PALMER, *El maestro ideal*, p. 16.

⁶ RALPH WALDO EMERSON, ‘El escolar americano’, en *Naturaleza y otros escritos de juventud*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014, pp. 59-72.

⁷ HOCKING, ‘George Herbert Palmer (1842-1933)’, p. 3.

⁸ PALMER, *El maestro ideal*, p. 8.

⁹ HOCKING, ‘George Herbert Palmer (1842-1933)’, p. 3.

¹⁰ PALMER, *El maestro ideal*, p. 12.

EL MAESTRO IDEAL

GEORGE HERBERT PALMER

Professor of Philosophy Emeritus
Harvard University

INTRODUCCIÓN. En conjunto el pueblo estadounidense está sincera y profundamente agradecido por sus escuelas y sus maestros. Los maestros mismos están en su mayoría satisfechos con su trabajo, por extenuante y frustrante que sea. Cualquier cosa que se diga de las deficiencias de la enseñanza considerada como vida, la defienden lealmente. Pese a los momentos de pesimismo, rara vez cambian de trabajo. Así de tenaces son sus principales atractivos.

Pero sería completamente erróneo asumir que el público o los maestros no tienen una crítica justa que hacer sobre la vida y sobre el producto de las escuelas. Los ideales educativos, y por tanto las expectativas de ambos, son demasiado elevados para dejar que exista una ufana satisfacción con las cosas tal como son. El laico quiere un mejor servicio de la enseñanza. El maestro desea una vida más feliz en su trabajo. Probablemente seguirán exigiendo esto hasta el fin de los tiempos, aunque las escuelas mejoran constantemente. No existe la ingratitud en esta actitud. Es parte del idealismo que pertenece al trabajo de las escuelas y por el que siempre progresan.

Corresponde al cuerpo de los maestros esforzarse fervientemente por cumplir con su parte para lograr estos dos fines: aumentar el servicio social de su enseñanza y perfeccionar su alegría en el trabajo. Esto es lo que queremos decir cuando decimos que deberíamos convertir la enseñanza tanto en una profesión como en una bella arte.

La enseñanza será una profesión cuando comprendamos la necesidad de disponer de un equipo académico completo y de una dedicación enfocada a nuestros deberes diarios y nuestros horarios en el aula bajo la guía de los ideales más grandes que el mundo ha establecido para la protección de sus apreciados valores. Nada menos que el conocimiento experto, moderado por un espíritu de ministerio reverente hacia los que están bajo nuestra tutela, nos convertirá en maestros profesionales.

La enseñanza será una bella arte cuando las condiciones de la vida escolar estén destinadas a exigir lo mejor del maestro y del alumno. En esta noble motivación han de prosperar los más altos poderes de los seres humanos. El maestro que conduce o es conducido, que se obliga a sí mismo o a sus hijos a realizar las tareas establecidas, sin tener idea alguna de su significado, no encontrará agradable la enseñanza. No conocerá nunca esta absorción que es la esencia del arte. Enseñará a medias mientras sus impulsos más apremiantes le tientan con la otra vida. Y si sigue así, solo conocerá el dolor del conflicto que destruye la posibilidad de un trabajo feliz. Para alcanzar el verdadero éxito, la enseñanza debe seguir siendo una ocupación interesante, donde los impulsos libres de los niños y de los maestros se aprovechan para conseguir cosas útiles felizmente.

Así que la enseñanza ideal será al mismo tiempo profesional y artística, socialmente útil y personalmente agradable. Será una meta a la que nos aproximemos constantemente, pero que no alcanzaremos nunca, de tal manera que estimula nuestra hambre de perfección y nos proporciona la satisfacción de una gran cantidad de victorias que se corresponden con cada jornada escolar. Un ideal así no está hecho para rezagados o indiferentes. Solo el hombre de grandes cualidades puede entrar en las listas y triunfar alegremente. Cuáles son estas cualidades, cómo deben desarrollarse y cómo deben usarse se explicará a continuación.

EL MAESTRO IDEAL. En América, tierra del idealismo, la profesión de la enseñanza ha resultado uno de los mejores empleos para el hombre. Entre 1903 y 1904 medio millón de maestros estaba a cargo de dieciséis millones de alumnos. Exponiendo los mismos hechos de otra manera, podemos decir que una quinta parte de toda nuestra población está constantemente en la escuela, y que dondequiera que se reúnan ciento sesenta hombres, mujeres y niños es seguro que existe un maestro entre ellos.

Pero las cifras no expresan la importancia del trabajo. Si cada año un número igual de personas estuviera en contacto con tantos abogados, no se producirían las consecuencias sociales que vemos. El toque del maestro, a diferencia de otro, es formativo. Nuestros jóvenes se asocian durante largos períodos con aquellos que esperamos que los conviertan en hombres y en mujeres cualificados. Un cargo tan influyente no se confía a nadie más en la comunidad, ni siquiera a los ministros, ya que, aunque tienen un objetivo más escrutador, se ocupan de ello directamente solo que un día en lugar de seis y una hora en lugar de cinco. Por ello, a medida que el campo del conocimiento se ha ampliado, y las oportunidades creativas que implica conducir a un joven por él se han vuelto evidentes, la profesión de la enseñanza se ha elevado a una altura notable de dignidad y de belleza. Ha pasado de ocupar un lugar subordinado a un lugar central en la influencia social y acomete gran parte del trabajo que recaía antes en la iglesia. Cada año las escuelas de teología atraen menos estudiantes, mientras que las escuelas de posgrado y regulares más. La comunidad ofrece ahora a la instrucción escolar y universitaria sus mentes más selectas, sus mayores esperanzas y sus sumas más grandes. Durante el año 1903 los Estados Unidos gastaron en la enseñanza no menos de 350.000.000 dólares.

Un trabajo tan pesado no se adapta a los aficionados. Los que lo asumen por períodos breves y para ganar dinero generalmente lo encuentran insatisfactorio. El éxito es raro, las horas son fijas y largas, existe la repetición y la monotonía y el maestro pasa sus días entre inferiores. Las ganancias pecuniarias no son considerables tampoco. Hay pocos premios y tanto en la escuela como en la universidad los ingresos ordinarios de un maestro no lo elevarán en gran medida sobre la miseria. La enseñanza universitaria está cayendo cada vez más en manos de medios independientes. Los pobres no pueden permitirse participar en ella. Es verdad que las escuelas privadas muestran a menudo grandes ingresos, pero los ganan los propietarios, no los maestros. En general la enseñanza considerada como oficio es un negocio pobre y decepcionante.

Pero cuando se ingresa en ella como profesión, como una bella arte sería y difícil, existen pocos empleos más satisfactorios. En todo el país miles de hombres y mujeres la siguen con una devoción apasionada que no tiene en cuenta los ingresos recibidos. Un oficio aspira principalmente a la ganancia personal; una profesión al ejercicio de poderes beneficiosos para la humanidad. Es verdad que el objetivo principal del primero se convierte con frecuencia en el objetivo subordinado del último. Se diría incluso que los profesionales ofrecen sus propios productos — curaciones, conversiones, victorias en el tribunal, aprendizaje— en gran parte como lo hacen los comerciantes y reciben a cambio una especie de recompensa. Pero el negocio

del abogado, el médico, el predicador y el maestro no cuadra nunca por un intercambio equivalente. No dan tanto por tanto. Dan a bulto y entran a bulto, sin equilibrio preciso. La noción completa de trato es inaplicable en una esfera en que coinciden las ganancias del que sirve y del que es servido; y este es en gran medida el caso de las profesiones. Cada uno de ellos ofrece la posibilidad única de usar los poderes que el poseedor se complace en ejercer. La universidad de Harvard me paga por hacer lo que con gusto le pagaría por dejarme hacer. Así que ningún profesional piensa en dar según la medida. Una vez comprometido, da lo mejor de sí, su interés personal, él mismo. Su corazón está en su trabajo y para esto no existe un equivalente posible; aquello que se acepta tiene la naturaleza de un honorario, de una gratificación o contraprestación que permite al que lo recibe mantener un cierto modo de vida esperado. La auténtica remuneración es el trabajo en sí mismo, junto con la posibilidad de unirse a otros miembros de la profesión para guiar y ampliar la esfera de sus actividades.

La idea, a veces avanzada, de que las profesiones pueden ser ennoblecidas pagándolas en abundancia resulta fantástica. Su gran atractivo es precisamente su alejamiento de fines sórdidos. Sin duda, debería gastarse más dinero en algunas de ellas. Sus miembros deberían estar mejor protegidos contra la miseria, la ansiedad, el abandono y las malas condiciones del trabajo. Para hacer su mejor trabajo una persona necesita no solo vivir, sino también vivir bien. Sin embargo, ante el aumento urgente de los salarios ha de procurarse que la atención del profesional no se desvíe de lo importante —el resultado de su trabajo— y se fije en lo que es incidental —sus ingresos. Cuando un profesor de una de nuestras grandes universidades, enfadado por el rechazo del presidente a aumentarle el salario al ser requerido en otra parte, exclamó con impaciencia: “Sr. Presidente, cuenta con la devoción de nosotros los maestros, a sabiendas de que no dejaremos este lugar voluntariamente”, el presidente le respondió correctamente: “Sin duda. Y ninguna universidad puede administrarse con cualquier otro principio”. Los profesionales no son tan insensatos como para despreciar el dinero, aunque, después de todo, es el interés en su trabajo, no la idea del salario, lo que fundamentalmente los mantiene.

Por ello, en este artículo me dirijo únicamente a aquellos que se sienten atraídos por la enseñanza por amor a ella, que la consideran la más vital de las bellas artes, que intentan entregar sus vidas a fin de dominar sus sutilezas, y que están dispuestos a encontrar algunas dificultades y a soportar la tarifa moderada mientras sean capaces de obtener grandes oportunidades.

Pero, suponiendo que exista un temperamento así, ¿qué calificaciones especiales requerirá el trabajo? Formulado de este modo, la pregunta no admite una respuesta precisa debido a que en realidad no existe la excelencia humana que resulta inútil para nosotros los maestros. Es inconcebible que podamos prescindir de la buena calidad. Algún día descubriremos un inquietante vacío en el lugar que dejó. Pero ahora propongo un problema más restringido: ¿cuáles son las características del maestro sin las que está abocado al fracaso y cuáles, una vez las tiene, le asegurarán el éxito casi con toda certeza? ¿Existen estos elementos esenciales, y cuántos son? He meditado mucho sobre este tema, ya que, enseñando treinta y nueve años en la universidad de Harvard, descubría un poco más a fondo cada año mi propia incompetencia. Así que me he visto obligado a hacerme la doble pregunta: ¿qué carencias me hacen fracasar, y qué dirección siguen las raíces de mis pequeños éxitos? En los últimos años creo que he dado con estas raíces del éxito y he llegado a creer que existen cuatro características que todo maestro ha de poseer. Por supuesto, puede poseer tantas como quiera; de hecho, cuantas más, mejor. Pero estas cuatro parecen fundamentales. Las mencionaré brevemente.

En primer lugar, un maestro debe tener cierta aptitud para la vicariedad; en segundo lugar, una riqueza ya acumulada; en tercer lugar, la habilidad para revigorizar la vida a través del conocimiento; y, por último, la disposición a ser olvidado. Reuniendo estas características, cualquier maestro está seguro. A falta de ellas, incluso de una, está expuesto a obtener un grave fracaso. Pero, como se dice aquí, tienen un sonido extrañamente cabalístico y muestran poca relación con las necesidades de cualquier profesión. Han sido expresadas con demasiada densidad y se han vuelto ininteligibles al ser demasiado exactas. Corregiré este error ampliándolas en lo sucesivo.

El arte del maestro surge de lo que llamo cierta aptitud para la vicariedad. Conforme, año tras año, mis muchachos universitarios se preparan para afrontar la vida, es seguro que algún rezagado se acercará para decirme: “Quiero un pequeño consejo. La mayoría de mis compañeros de clase saben lo que van a hacer. Yo aún estoy inseguro. Prefiero ser maestro porque me gustan los libros y sospecho que en cualquier otra profesión les podré dedicar poco tiempo. Los empresarios no leen. Los abogados solo consultan los libros. Y no estoy seguro de que los ministros hayan leído todos los libros que citan. En general parece más seguro elegir una profesión en que los libros sean mis compañeros de cada día. Por lo que me inclino a la enseñanza”. Pero, antes de zanjarse el tema, pensé en preguntarle en qué consideración tiene la profesión. “Es una profesión noble”, le contesté, “pero muy poco apropiada para usted. Le aconsejaría que se hiciera abogado, conductor de automóviles o algo igualmente inofensivo. No se encomiende a algo tan peligroso como la enseñanza. Se destrozaría tanto a sí mismo como a ella; está mirando exactamente en la dirección equivocada”.

Estas preguntas están sujetas a un malentendido común. La tarea del maestro no es precisamente la adquisición del conocimiento, sino su importación. Se trata de un asunto completamente diferente. Nosotros los maestros nos dedicamos a extraer los pensamientos de nuestras mentes y a llevarlos a otros lugares. En la medida en que estamos satisfechos al mantenerlos con nosotros, no somos maestros. El que está interesado en aferrarse a la sabiduría se convertirá en un erudito. Aunque sin duda es bueno que un maestro sea un gran erudito —he conocido a varios así—, no es lo principal. Lo que constituye al maestro es la pasión por formar eruditos, pero una y otra vez sucede que el gran erudito carece de una pasión como esta.

Pero incluso esta pasión es inútil sin la ayuda de la imaginación. En cada instante de la vida del maestro debe ser controlado por este gran poder. La mayoría de los seres humanos se conforman con vivir una sola vida y se regocijan si pueden pasarlo agradablemente. Pero eso está lejos de ser suficiente para nosotros los maestros. Incesantemente salimos de nosotros mismos y entramos en las muchas vidas que nos rodean: vidas aburridas, oscuras e ininteligibles para cualquiera salvo a nuestros ojos. Esto es la imaginación: la creación comprensiva en nosotros mismos de condiciones que pertenecen a otros. Nuestra profesión tiene, por tanto, dos extremos. Inspeccionamos la verdad cuando surge como algo nuevo e interesante ante nuestra ansiosa vista. Aunque este es solo el comienzo de nuestra tarea. En seguida nos aprovechamos de las líneas de menor resistencia intelectual en los demás y, en perpetua referencia a ellas, seguimos nuestra verdad hasta que está a salvo más allá de nosotros mismos. Todos tienen su particular grupo de fricciones. Las de nuestros alumnos no podrán ser nunca las mismas que las nuestras. Hemos avanzado mucho y lo sabemos todo sobre nuestro objeto. Para nosotros tiene un aspecto completamente diferente del que tiene para los principiantes. Son sus perplejidades lo que debemos reproducir y, como si una rosa se cerrara para volver a ser un capullo, de nuevo debemos asumir en nuestras avezadas almas un pequeño vestigio de la inocencia de la infancia. Así es la exquisita ocupación del maestro: depositar toda la riqueza de su

conocimiento y comprender cómo se aparecería su objeto a la débil mente del que lo contempla por primera vez.

¡Qué absurdos disparates cometemos en el proceso! Al implicarnos en nuestro lado del asunto, nos cegamos y atribuimos a nuestros alumnos modos de pensamiento que no son los suyos en absoluto. Recuerdo una lección que recibí a este respecto, después de llevar media vida enseñando ética. A mi sobrino de cinco años le encantaban las historias de la Odisea. Se metía en la cama conmigo por la mañana y me suplicaba que le contara. Un domingo, después de proporcionarle una buena dosis de aventuras, se me ocurrió que era un día apropiado para transmitirle una moraleja. “Ulises era un hombre muy valiente”, observé. “Sí”, dijo, “y yo soy muy valiente”. Entonces vi mi oportunidad y la aproveché. “Eso es verdad,” añadí. “Últimamente has cobrado coraje. Solías llorar con facilidad, pero hoy ya no lo haces. Cuando quieres llorar ahora, piensas en cómo te parecerías a un bebé llorando o en lo mucho que molestarías a la madre y perturbarías la casa, por lo que decides no llorar”. El pequeño estaba completamente desconcertado. Así que se quedó en silencio un minuto o dos y después dijo: “No, tío, yo no hago eso. Solo digo shh, y no lo hago”. Aquí se pone de manifiesto la crisis moral en toda su simplicidad mientras que yo había puesto en esa pequeña naturaleza sagrada sofisticaciones tomadas de mi propia vida maltrecha.

Mientras explico los deslices causados por el egocentrismo y por la falta de imaginación, mostraré los ligeros ajustes que a veces nos llevan a superar las dificultades más deprimentes. Un año, cuando estaba dando una conferencia sobre algunos problemas de obligación complejos, comencé a dudar de si mi clase me seguía y decidí hacerlos hablar. Así que al día siguiente elaboré un ingenioso caso ético y, después de exponérselo a la clase, dije: “Suponiendo ahora que la situación actual fuera así y así, y los intereses de las personas implicadas fueran tales o cuales, ¿cómo abordaría la cuestión del derecho, señor Jones? El pobre Jones se levantó confundido. “¿Quiere decir —respondió— si el caso fuera tal como lo ha expuesto? Creo que no lo sé, señor”. Y se sentó. Llamé a uno y a otro con el mismo resultado. El pánico se apoderó de ellos y todos estaban igualmente vacíos. Me fui a casa indignado, preguntándome si habían comprendido algo de lo que había dicho durante la quincena anterior, esperando no volver a tener nunca un montón de estudiantes tan estúpidos. Pero de pronto me di cuenta de que el estúpido era yo. Es lo que suele suceder cuando falla una clase; es culpa del maestro. Al día siguiente regresé preparado para comenzar por el lado correcto. Empecé: “¡Oh, señor Jones!” Se levantó y procedí a exponer la situación como había hecho antes. Cuando me detuve, había recobrado ya el juicio, se había desahogado y estaba listo para darme una respuesta admirable. De hecho, en pocos minutos toda la clase estaba inmersa en una discusión entusiasta. Mi error anterior había sido no recordar que cuando a ellos, a mí y a todos, de repente nos atacan con una gran pregunta, no estamos en las mejores condiciones para responder. Ocupado como estaba con el final de mi historia, el final de la pregunta, no había trabajado en este doble sentido que en realidad es el único que puede procurarle el éxito al maestro; en resumen, me había faltado la vicariedad para ponerme rápidamente en el lugar del débil y llevar su carga.

Ahora bien, es en esta ocupación principal del maestro artístico —trabajar imaginativamente a fin de disminuir los esfuerzos de su astuto alumno— en que tienen lugar la mayoría de nuestros fracasos. En lugar de lamentar la impermeabilidad de nuestros alumnos, haríamos mejor en preguntarnos con más frecuencia si nuestras enseñanzas se ajustan a sus condiciones mentales. No tenemos derecho a arrojar en masa lo que se nos ocurra, dejando a estos endebles el trabajo de descubrir en qué orden pueden hacerlo. El nuestro debería ser comprobar que cada principio, medio y final de lo que decimos ha sido convenientemente moldeado para facilitar el acceso a

los menos inteligentes e interesados que nosotros. Pero esto es la vicariedad. *Noblesse oblige*. En esta profesión todo aquel que quiera ser grande deberá ser un servidor astuto, con la cabeza llena de las necesidades del resto.

El maestro desanimado, feliz al descubrir que sus fracasos pasados son debidos a la ausencia de la imaginación comprensiva, se resolverá a no volver nunca a cometer este desliz. Mañana, al asistir a clase, examinará su tema con los ojos de sus alumnos y no con los suyos. Mientras intenta esto, sus alumnos seguramente se dirán unos a otros: “¿Qué le pasa hoy al maestro?” Pero no obtendrán nada de este ejercicio. Lo que se necesita no es resolución, sino aptitud. El momento de usar la vicariedad no es el momento de adquirirla. Más bien es el momento de apartar todos los pensamientos de la mente. Al entrar en el aula deberíamos dejar toda consideración de método al otro lado de la puerta y hablar como hombres y como mujeres que están interesados en cualquier forma que nos resulte más natural. Pero en esta naturaleza la vicariedad debería haberse forjado hace mucho. Ya debería estar a la mano. ¡Somos afortunados si nuestra bisabuela nos la proporcionó antes de que naciéramos! Hay quienes, con toda su buena voluntad, no podrán ser nunca maestros. No están hechos de esa pasta. Lo suyo es hurgar en el conocimiento, participar en la acción, ganar dinero o perseguir cualquier objetivo que les dicten sus poderes, pero no piensan de buena gana en los términos de la otra persona. Así que no deberían ser maestros.

El hábito del maestro se resume bien en la regla de los apóstoles: “No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada hombre también”, es doble, “por lo de los otros”. Este hábito debería convertirse cuanto antes en un instinto. Hasta volverse instintivo y trascender la vía de la conciencia, resultará de poco valor. Practiquemos entonces, cuando nos adentremos en la sociedad, cuando caminemos por las calles, cuando estemos sentados a la mesa, esta flexibilidad altruista y aprendamos a escapar de nosotros mismos. Un auténtico maestro medita sobre su trabajo todo el tiempo y se vuelve disciplinado por el bien de su profesión, poniendo a prueba los problemas de su glorioso arte y contemplando sus ilustraciones en todas partes. En un solo lugar está libre de este criticismo y es en su aula. Aquí en el momento de la acción se deja llevar, sin que le estorbe la teoría, usando la naturaleza adquirida en alguna otra parte, y expresa de la manera más simple la plenitud de su mente y de su corazón. El intercambio humano directo requiere aptitudes instintivas. Hasta que la vicariedad altruista se haya vuelto nuestra segunda naturaleza, no influiremos profundamente en nadie.

Pero la imaginación comprensiva no es todo lo que el profesor necesita. El altruismo exclusivo es absurdo. En este punto he sido instruido también por las bocas de los bebés y por los lactantes. Los hijos de un amigo mío, de seis y cuatro años, se habían ido a dormir. Entonces su madre los escuchó hablando cuando deberían estar dormidos. Preguntándose por lo que podrían necesitar, entró y se quedó escuchando. Discutían para qué estaban en este mundo. Esta es la magnitud de los problemas que se encuentran habitualmente en los niños. La niña pequeña sugirió que probablemente están en el mundo para ayudar a los demás. “¡Pues claro que no, Mabel!”, le dijo su hermano mayor, “de lo contrario, ¿qué harían los demás aquí?” Precisamente si algo solo sirve para ser dado, entonces no sirve ni para eso. Debemos conocer y apreciar su bondad en nosotros antes de que la generosidad pueda darse.

Aparte de su aptitud para la vicariedad, nuestro maestro ideal necesitará la segunda cualificación de una riqueza ya acumulada. Estos alumnos hambrientos toman todo su alimento de nosotros, pero ¿tenemos algo que darles? Serán pobres, si somos pobres; ricos, si somos ricos. Somos su fuente de sustento. Cada vez que suspendemos nuestra nutrición, los debilitamos. Los maestros dedicados cometen este error con frecuencia. Se dedican así a las necesidades inmediatas de los que los rodean,

quienes se vuelven más débiles cada año. Todos conocemos el “rostro del maestro”: escuálido, desgastado, sacrificado, angustiado e impotente. Es exactamente lo opuesto de lo que debería ser. El maestro debería ser la criatura más pródiga de la comunidad. Otras personas pueden arreglárselas tolerablemente con un mínimo de conocimiento en su camino. Una provisión moderada les servirá muy bien en su turno privado. Pero no es nuestro caso. Al abastecer a una multitud, necesitamos riqueza suficiente para una multitud. Así que deberíamos aferrarnos al conocimiento por todos lados. Que no se nos escape nada. Es un error rechazar una muestra de la verdad solo porque se sale de nuestra provincia. Algún día lo necesitaremos. Nuestra provincia es el conocimiento entero.

Al preparar una clase advierto que tengo que trabajar más duro en las cosas que no digo. Las cosas que estoy seguro de que digo puedo organizarlas fácilmente. Son obvias y por lo general accesibles. Pero me doy cuenta de que no son suficientes. He de disponer de un fondo de conocimiento que no aparece en el discurso. Debo examinar mi tema entero y ver cómo aparecen las cosas que diré en sus diversas relaciones, trazando las relaciones que no presentaré en mi clase. Uno podría preguntarse: ¿con qué objeto? ¿Por qué preparar más materia de la que puede usarse? El maestro exitoso lo sabe. No puedo enseñar hasta el límite de mis conocimientos sin el temor a caerme. Mis alumnos descubren este temor y mis palabras dejan de ser efectivas. Sienten la influencia de lo que no digo. No puedo explicarlo con precisión, pero cuando me muevo libremente a través de mi materia, como si importara poco en qué parte me baso, obtienen una sensación de poder seguro que es compulsivo y fructífero. La materia se vuelve coherente, sus mentes toman amplitud y están ansiosos por adentrarse en regiones en las que no habían pensado antes.

Para enseñar bien una cosa pequeña debemos ser grandes. Le pregunté a una profesora cuál era su materia y me respondió: “la aritmética de tercer grado”. Pero ¿dónde encontramos el tercer grado? ¿En el conocimiento o en las escuelas? Desgraciadamente está en las escuelas. Pero, si quiere ser profesora de aritmética, debería ser la aritmética lo que enseñe y no el tercer grado. No podemos aceptar estos límites artificiales sin perjuicio. En lugar de la riqueza acumulada, nos traerán la pobreza acumulada y la aumentaremos cada día. Hace años en Harvard discutimos el establecimiento de una Escuela de Posgrado y yo, un joven instructor, voté firmemente en su contra. Mi idea era esta: Harvard College, pese a lo que su público imagina, es un lugar de escasos recursos. Nuestros medios son inadecuados para enseñar incluso a los estudiantes de grado. Pero la enseñanza de posgrado es enormemente más cara; los cursos compuestos de media docena de estudiantes ocupan a los profesores más capacitados. Así que pensaba que no podíamos permitirnos esto. ¿Por qué no dejar la enseñanza de posgrado a una universidad entregada por completo a esta tarea? ¿No sería más sabio dedicarnos a los rangos inferiores del aprendizaje, y cubrirlos adecuadamente, antes que tratar de abarcar el campo entero?

Con todo, durante un tiempo me opuse a la llegada de una Escuela de Posgrado. Pero un comentario brillante de nuestro gran Presidente me mostró el error de mi conducta. En el transcurso del debate me dijo una noche: “No son los graduados lo que me preocupa para esta escuela, son los estudiantes. No conseguiremos nunca una enseñanza elevada mientras nuestros instructores fijen un límite a sus materias. Cuando les pidamos que las sigan totalmente, rastreando sus huellas hasta lo desconocido, se convertirán en buenos maestros, pero no antes”.

Meditando sobre esto mientras volvía a casa, me di cuenta de que el Presidente tenía razón y de que yo estaba en peligro de caer en el estancamiento que él desaprobaba. Así que cambié mi voto, como hizo el resto. Se creó la Escuela de Posgrado y de todas las influencias que han contribuido a elevar el nivel de erudición

en Harvard, en cuanto a los maestros y en cuanto a los que reciben su enseñanza, el trabajo de los graduados me parece el más importante. Cada profesor debe ser el maestro de un campo del conocimiento y no de algunos de los caminos que lo atraviesan.

Pero el maestro ideal acumulará la riqueza, no solo por el bien de sus alumnos, sino por el suyo propio. Para ser un gran maestro hay que tener una gran personalidad y sin gustos individuales y ardientes nuestras raíces no están bien alimentadas. Para desarrollar el poder personal es bueno, por tanto, que cada maestro cultive intereses que no están relacionados con su trabajo. Que el matemático recurra a los poetas ingleses, el maestro de los clásicos al estudio de los pájaros y de las flores, y cada uno obtendrá de este modo cierta sensación de ligereza, cierta liberación respecto a su agotamiento, una hospitalidad mental que solo puede adquirirse realizando alguna búsqueda desinteresada. Un tema tan privado resulta doblemente querido porque es solo nuestro. Lo proseguimos cuando queremos, dejamos que llame a nuestros pensamientos irresponsables y de ahí obtenemos una nota de distinción que echamos en falta en aquellos cuyas vidas están demasiado organizadas.

Pero a esta segunda cualificación del maestro me he visto obligado a anteponer una condición similar a la añadida a la primera. No solo necesitamos la riqueza, sino una riqueza ya acumulada. La riqueza que se busca no se obtiene. Debería reunirse y guardarse antes de que surja la ocasión. ¿Qué es más lamentable que una persona que, deseando ser una benefactora, profundiza en su pecho y lo halla vacío? Se necesita un conocimiento especial o una percepción experimentada o cierta habilidad profesional o un juicio práctico sólido, y el maestro requerido no ha pasado por semejante disciplina que le asegure tales recursos. Me inclino a pensar que las mujeres son más propensas a este tipo de bancarrota que los hombres. Su sexo es más comprensivo que el nuestro y gastan más deprisa. Dejarán lo que están haciendo y correrán si un bebé llora. La excelencia requiere cierta dureza de corazón, mientras que una respuesta rápida es destructiva para el que se entrega más. El que quiere ser demasiado generoso debe entrenar mucho y tenazmente, sin prestar demasiada atención a los toques momentáneos. El plan del Gran Maestro, que le llevó treinta años adquirir y tres conceder, no es insensato, siempre que también podamos decir: “Por ellos me santifico”.

Pero las dos cualificaciones del maestro ya mencionadas no serán suficientes. He conocido a personas que eran comprensivamente imaginativas y que no podía negarse que poseían una gran riqueza intelectual y, sin embargo, seguían fracasando como maestros. Necesitamos un tercer elemento: el poder de revigorizar la vida mediante el aprendizaje. No siempre nos damos cuenta del modo en que nos abofetea el conocimiento. Es algo ofensivo y provoca que la juventud sana se subleve. Y hace bien. Cuando aprendemos algo, estamos obligados a diseccionar el mundo y examinarlo por partes para asimilarlo poco a poco. Ahora bien, siempre es un poco repulsivo tratar con fragmentos. Cualquiera que esté constituido como es normal debería retroceder horrorizado, al sentir que lo que le mueve tiene poco que ver con el hermoso mundo que ha conocido. ¿Había alguna vez un niño sano que no odiara la tabla de multiplicar? No valdría la pena educar a un niño que no deteste las abstracciones como siete por ocho. Nada ingenioso nos permitirá librar al conocimiento de esta desafortunada peculiaridad. Ha de tomarse en porciones deslavazadas. Así es como se llama la atención. En consecuencia, cada uno de nosotros debe ser hasta cierto punto un especialista que se dedica a ciertos aspectos del mundo y descuida otros igual de importantes. Estas son las condiciones bajo las cuales nosotros criaturas imperfectas trabajamos. Nuestra visión no es universal. Cuando nos

fijamos en un objeto, en ese mismo acto lo apartamos de otros. De este modo, nuestros niños han de aprender a someter su naturaleza expansiva a las exigencias pedagógicas.

Como este menosprecio por el método de aproximación es inevitable, resulta aún más importante que el maestro posea una dignidad complementaria, reemplazando la insignificancia opresiva por insinuaciones que estimulan la aparición de las cosas elevadas que se reserva. Por ello, un libro es en parte un instructor imperfecto. Allí la verdad, al ser impersonal, parece falsa, abstracta, irrelevante. Necesita brillar a través de un ser humano antes de ejercer su fuerza vital sobre un joven estudiante. Se requiere un maestro por la transmisión oral y por la claridad intelectual. Su carácter consolidado exhibe las ganancias del estudio. No necesita señalarlo. Si es un escolar, aparecerán en él el prestigio, la exactitud, la plenitud del conocimiento, el entusiasmo optimista incluso en la fatiga y la confianza inquebrantable que los otros pronto verán y disfrutarán de que se haya enriquecido; y todo esto se transmitirá a sus alumnos rápidamente y llamará la atención en su clase. Despertar el interés es la gran función del maestro. A veces dicen: “Me gustaría enseñar solo si los alumnos se preocuparan por aprender”. Pero entonces habría poca necesidad de enseñar. Los muchachos que han decidido que el conocimiento vale la pena están bastante seguros de que lo obtendrán sin consideración con los maestros. Nuestra principal inquietud se trata de los que no están despiertos. En la Capilla Sixtina Miguel Ángel representa al Todopoderoso moviéndose en las nubes sobre la tierra escabrosa donde aparece la creación del nuevo Adán, apenas consciente de sí mismo. Las yemas de los dedos se tocan, las del Señor y de Adán, y la enorme figura pierde su inercia y se pone en acción. Tal puede ser el toque electrificante del maestro.

Pero debemos confesar que no con poca frecuencia, en lugar de revigorizar la vida mediante el conocimiento, nosotros los maestros reducimos nuestras clases a la pasividad absoluta. El error no es completamente nuestro, sino que se deriva de ciertas características del conocimiento: ¿cómo puede iniciarse un aprendiz sin someter su pensamiento, aceptar los hechos y escuchar a la autoridad, en resumen, siendo obediente? Ha de abandonar sus propias nociones y seguir el dictado de la verdad. He dicho que el conocimiento nos abofetea y nos fuerza a adoptar una actitud casi servil, y que esto ofende a las naturalezas vigorosas. Prácticamente en todas las escuelas algunos de los muchachos más originales, agresivos e independientes tienen un perfil bajo en sus clases, mientras que en lo alto permanecen los “pesados”, objetos del horror para todas las almas sanas.

Ahora bien, es la tarea del maestro ver que el embate del conocimiento no debilite. Entre los dos lados del conocimiento, la información y la inteligencia, el maestro debe mantener un equilibrio verosímil. Mientras el muchacho asimila los hechos, hechos que no puede distorsionar ninguna fantasía o descuido, debería sentir todo el tiempo que estos hechos le ofrecen un campo para la acción crítica y constructiva. Si le dejan inactivo, y se vuelve dócil y lento, algo malo le pasa a la enseñanza. Los hechos son perniciosos cuando subyugan y no avivan la mente que los capta. La educación debería revelarnos a nosotros y a la verdad juntos. Por ello, el aprendiz no debe nunca poder hundirse en un mero recipiente. Es conminado a pensar, observar y formar sus propios juicios, aun a riesgo de caer en el error y en la rudeza. La unilateralidad temporal y la extravagancia no son un precio demasiado alto por la originalidad. El desarrollo del vigor personal, enfatizado en nuestros días por el sistema electivo y por la investigación independiente, es el gran objetivo de la educación. Debería afectar a los estudios inferiores tanto como a los superiores. La contemplación de la verdad nos adormece. Muchas clases tediosas en la escuela y en la universidad cobrarían vida si dieran algo que hacer. Hasta que no reaccionemos a la recepción, nuestra educación está pendiente.

El maestro que al cabo reacciona puede ser considerado “productivo”, productivo de los seres humanos. Hace poco que la palabra noble se ha germanizado y se ha corrompido y ahora no es más que una pieza de la jerga educativa. De acuerdo con la opinión actual, un maestro no puede ser imaginativo, sino pedante y tedioso, y conseguir que sus alumnos no lo sean menos. Incluso se merecerá una corona de olivo silvestre como el hombre “productivo” que es, aunque descuide su aula debido a la imprenta. Pero esto es anteponer lo secundario a lo principal. El que es original y fecundo y sabe dar a luz un espíritu similar en sus alumnos, hallará su expresión fuera de clase. Al arrebatarse los fragmentos del tiempo que le deja su arduo trabajo, podrá llevar a cabo una escritura más valiosa y probablemente aumentar también su valor para su universidad, sus estudiantes y él mismo. Pero el negocio de la fabricación de libros es, después de todo, colateral respecto a nosotros los maestros. No trabajamos precisamente por ello, aunque lo deseable sería mostrar la clase de espíritu que poseemos. Muchos de mis colegas más productivos han impreso poco o nada, pero han dejado una profunda huella en la vida y en la ciencia de nuestro tiempo. Yo animaría a la publicación. Mantiene sano al estudiante solitario y le permite encontrar su lugar entre sus compañeros y valorar las contribuciones que hace a su materia. Pero procurad que no descuide nunca su propio trabajo por aquello que siempre debe tener en sí un elemento de publicidad.

He demorado demasiado la cuarta sección, la desagradable, de mi ensayo. En resumen, es esto: un maestro debe estar dispuesto a ser olvidado. ¿Hay algo más difícil? Podemos ser personas excelentes, podemos ser amables todo el tiempo y, sin embargo, no estamos dispuestos a pasar por alto la amabilidad. Muchos están dispuestos a ser generosos, si con ello pueden ganarse un elogio. El amor a los elogios es casi nuestra última debilidad, pero no existe una debilidad más desconcertante para el maestro. Si los elogios y el reconocimiento son queridos para él, es mejor que no trabaje. Tal vez deben de ser queridos para él como ser humano, pero como maestro trata de elevarse sobre las condiciones humanas ordinarias. El que me haya seguido hasta aquí conocerá el motivo. He mostrado que el maestro no vive para sí mismo, sino para su alumno y para la verdad que imparte. Su objetivo es ser un medio incoloro por el que la verdad brille en las mentes abiertas. Pero ¿cómo puede serlo si se interpone constantemente y dice: “En lugar de mirar la verdad, hijos míos, miradme a mí y comprobad con qué habilidad hago mi trabajo. Creo que os he enseñado admirablemente hoy. Espero que también lo penséis”. El maestro debe quitarse de en medio y fijar la atención de los jóvenes en el conocimiento que ofrece y no en algo tan insignificante como el hecho de que él porta el conocimiento. Solo así puede ser vicario y honesto, al revigorizar las vidas a su cargo.

Por otra parte, cualquier otro curso es en vano. No podemos afirmar si aquellos a los que enseñamos han tomado nuestros mejores puntos. Pero ¿cuáles son? Los contaremos como una cosa y nuestros alumnos como otra. Reunimos lo que nos parece coherente y lo vertemos sobre nuestras clases. Pero si no están preparados para recibirlo, las pequeñas criaturas tienen excelentes mecanismos de protección que atraen, y todo lo que vertemos simplemente se derrama como si nada se hubiera caído; mientras que decimos algo tan ligero de nuevo que no lo notamos, pero, como es por casualidad el elemento nutritivo que esa pequeña vida necesita, es alcanzado y transformado en fibra humana. No podemos distinguirlo. Trabajamos a oscuras. Nuestro pan es arrojado al agua y, si somos sabios, no intentaremos rastrear su camino de regreso.

Sobre este punto he recibido de uno de mis alumnos una enseñanza capital. Al impartir un curso sobre el empirismo inglés, tenía que tratar una línea de la exposición a sabiendas de que era abstrusa. De hecho, dudaba que muchos de la clase pudieran

seguirme, pero en el asiento delantero estaba alguien cuyos brillantes ojos permanecían fijos en mí. Parecía que merece la pena enseñar a mis tres o cuatro mejores alumnos, a este en particular. Al final del semestre había muchas quejas. Mi clase no obtuvo mucho de mí ese año. Se graduaron y unos años después aquel joven muchacho apareció en mi puerta y me dijo que no podía pasar por Cambridge sin agradecerme su trabajo sobre Locke, Berkeley y Hume. Complacido al estar seguro de que mis cuestionables métodos estaban justificados, y reacio a dejar un tema tan agradable, le pregunté si podía decir con precisión dónde reside el valor del curso. “Ciertamente”, respondió, “el centro fue un solo comentario de Locke. Locke decía que debemos de tener ideas claras y distintas. No creo que obtuviera más del curso”.

Al principio estaba inclinado a pensar que el chico era tonto por confundir de este modo el lugar común por la verdad del evangelio. ¿Por qué no escuchó algunas de las cosas profundas que dije? Pero reflexionando vi que él tenía razón y yo estaba equivocado. Ese dicho trivial le había sobrevenido en un momento crítico como una palabra poderosa; mientras que los temas profundos que me interesaban, y que le había ofrecido en confianza un día tras otro, al ser inadecuados para él, le habían superado. No los ha escuchado.

Los maestros debemos acostumbrarnos a una ingratitud igual de apropiada. No podemos decir cuáles son nuestras buenas acciones, y solo conseguiremos atormentarnos y entorpecer nuestras clases si intentamos averiguarlo. Debemos exponer nuestros contenidos con la máxima lucidez, dar a nuestros alumnos la libertad necesaria para comprender y estar satisfechos al escapar de la supervisión. Aunque lo que hacemos sigue siendo desconocido, su resultado a menudo provoca un profundo afecto. Existen pocas personas en la comunidad más queridas que nosotros. Donde vamos, hallamos una cara sonriente. En todo el mundo, por alguna buena fortuna, el período del aprendizaje es el período del romance. Participamos en esos días alciónicos de nuestros muchachos y muchachas y las luces doradas que iluminan los primeros años se reflejan sobre nosotros. Aunque nuestros alumnos no pueden aprovechar nuestro esfuerzo, y en realidad no deberían hacerlo al ser nuestro arte ocultar nuestro arte, saben que en los años que tuvo lugar su feliz expansión éramos sus guías. Por lo que a nosotros se aferran sus ciegos afectos como a pocos, aparte de sus padres. Es mejor ser querido que ser comprendido.

Tal vez algunos de los lectores de este texto comenzarán a sospechar que es imposible ser un buen maestro. Ciertamente lo es. Cada una de las cuatro cualificaciones que he mencionado es ilimitada. Ninguna de ellas puede obtenerse completamente. Podemos ser más imaginativos, ricos, estimulantes y desinteresados. Cada año nos aproximamos un poco más a nuestro objetivo solo para comprobar que un maestro completo es una contradicción en los términos. Nuestro alcance excederá siempre nuestra comprensión. Pero ¡qué placer al aproximarse! Incluso en nuestros fracasos existe el consuelo, al ver que no se deben a defectos técnicos sino personales. Nos hemos adelantado, o hemos enseñado en una forma mecánica antes que vital, o hemos emprendido a tiempo el trabajo de prepararnos, o hemos declinado el problema de la vicariedad.

De alguna manera, si somos mejores maestros, somos mejores personas. Nuestra bella arte, al ser tan personal, estará relacionada con el resto de las profesiones. Todas las madres son maestras. Igual que los ministros. El abogado enseña al jurado, el doctor a su paciente. Se diría incluso que el viajante astuto usa la enseñanza al abordar a su cliente y todos somos maestros de otros en nuestro trato diario. Como la enseñanza es la más universal de las profesiones, son afortunados los que pueden dedicar sus vidas a su estudio enriquecedor.

ESQUEMA

LA ENSEÑANZA COMO PROFESIÓN

1. La enseñanza es un gran empleo humano
2. Su lugar central en la influencia social
3. La enseñanza como mercancía es pobre
4. Es una profesión satisfactoria
5. Sus grandes atractivos
6. La utilidad de todas las excelencias humanas
7. Cuatro características que cada maestro ha de poseer

LA APTITUD PARA LA VICARIEDAD

8. La enseñanza no es la adquisición del conocimiento primaria
9. Es la importación del conocimiento
10. Sigue las líneas de menor resistencia intelectual en los demás
11. Dos casos de vicariedad defectuosa
12. La imaginación del maestro ha de estar llena de las necesidades de los demás
13. Se necesita de aptitud, no de determinación
14. La enseñanza debería ir más allá de la dirección consciente y volverse instintiva

UNA RIQUEZA YA ACUMULADA

15. La enseñanza es generosa cuando da lo que valoramos en nosotros
16. El maestro debería ser la criatura más abundante de la comunidad
17. No puede enseñar hasta el límite de sus conocimientos
18. Acumulará riquezas por su propio bien
19. Recolectará y almacenará el conocimiento antes de la ocasión de la enseñanza.

EL PODER DE VIGORIZAR LA VIDA A TRAVÉS DEL APRENDIZAJE

20. El conocimiento zarandea al aprendiz de manera natural
21. Despertar el interés es la gran función del maestro
22. El ataque del conocimiento no puede debilitar
23. El maestro productivo ha de llevar a las mentes a reaccionar por sí mismas

LA DISPOSICIÓN A SER OLVIDADO

24. El maestro debe mantenerse al margen
25. No puede conocer el valor de su trabajo
26. Debería acostumbrarse a una ingratitud adecuada

EL MAESTRO IDEAL

27. Los requisitos de un buen maestro no pueden obtenerse completamente
28. El maestro crece como persona al aproximarse a las cualidades del maestro ideal

Traducción de Antonio Fernández Díez y María Golfe